

## **Rojo carmesí**

El primer día que te vi, al presentarnos, llamó mi atención tu mirada y la naturalidad con la que te movías.

- Encantada de conocerte – me dijiste.

Y no he podido olvidar, cómo mi mano retuvo la tuya.

Durante los primeros días, cuando me preguntabas a mí, o a otros compañeros, algo relacionado con el trabajo, al observar el desenfado con el que te dirigías a cada uno de nosotros, tu expresión y la forma tan extrovertida de comportarte que contrastaba con el habitual ambiente serio de la oficina, pensé que resultabas demasiado atrevida para la atmósfera que se respiraba en la empresa; incluso te insinué, ¿lo recuerdas?, que deberías moderar tu actitud si no deseabas tener problemas. Pero lo cierto es que a mí me encantaba tu forma de ser en medio de tanto formalismo.

Yo te observaba cada día tras el acristalado tabique que separaba nuestros despachos. Y tú, de vez en cuando, me mirabas. Un día, al ver que no levantabas la vista del ordenador, no pude evitar el enviarte un correo en el que te preguntaba por aquello tan interesante que requería toda tu atención. Recuerdo que te alegraste. Lo que más me gustó fue ese movimiento tuyo de pestañas. Así que, de vez en cuando, te enviaba algún correo en el que te preguntaba cómo iba el día, o en el que incluía algún comentario con el que esperaba provocar tu sonrisa. En una ocasión fuiste tú la que tomaste la iniciativa, me comentabas algo que te había sucedido con un compañero, y me pedías consejo. Te lo di. Y esos correos entre nosotros se fueron convirtiendo en algo habitual. Desde entonces esperaba cada mañana, con impaciencia, la hora de llegar al trabajo para verte y disfrutar de ese juego de correos, confianzas y miradas que me aproximaban a ti.

Cuando me preguntaste si podría llevarte en mi coche durante unos días, pues tenías el tuyo en el taller, yo accedí encantado y durante esos días te recogía cada mañana y, por la tarde, te acercaba a casa. Antes de dejarte, te invitaba a una copa de vino en el bar de la esquina. Mientras esperábamos que nos sirviesen, tú sacabas del bolso un espejo de mano y repasabas con esmero el carmín de tus labios. Yo te miraba con ojos de enamorado, sin atreverme a insinuar lo que sentía, temeroso de que te rieras de mí. Al despedirnos, yo apuraba de tu copa, el resto que no habías tomado.

- Es de mala educación acabarlo todo – decías.

Pero yo continué con ese juego final, hasta convertirlo en una costumbre que repetía cuando, en ocasiones, al acabar la jornada, quedábamos para tomar unas copas.

Hoy, al saber que dejas la empresa y te marchas al extranjero por un nuevo trabajo, me ha invadido la tristeza. Porque, al salir, tomaremos una copa de cava para celebrarlo, y al despedirnos, cuando coloque mis labios sobre las huellas de carmín que tu habrás dejado en tu copa, sabré que te estaré besando por última vez.